

Los colmillos de víbora: Relatos sobrenaturales y  
extraños

Andrik Navarrete

**LOS COLMILLOS  
DE VIBORA:  
RELATOS  
SOBRENATURALES  
Y EXTRAÑOS**



**POR ANDRIK NAVARRETE  
ARIAS**

# Capítulo 1

## I.

Escribo para enmendar mi deuda con la justicia, mas no declaro arrepentimiento o algún sentimiento parecido en el manuscrito que pocos podrán leer, aun así, confieso en la naturaleza de sobre todo mi último acto deleznable, que creo merecedor de un juicio y veredicto sin segundas opciones. Pero la última pizca de rebeldía que tengo, la uso para mandar como objeción que el manicomio no es mi honorable, merecido final, ni mi más piadoso tormento.

Todavía logro escribir con el mismo refinado parafraseo de alguien cuyo estado mental está en la grandeza de cada cualidad cognitiva; mucho menos un lunático sería capaz de ser lo que yo en tiempos de oro había logrado ser, pues solo con el pilar de la estabilidad mental y en consciencia, fui capaz de dar la canalización a mis aspectos físicos. De todos modos, ustedes que lean este relato escrito con mi último aire de libertad sabrán de mi persona, debido claro a sus obligaciones en la legalidad y juicio, y también deberán de saber que era de antaño un prestigioso y respetado cazador de bestias selváticas.

Trotaba pasto y tierra por el centro, norte y sur de todo el país, lidiaba en casi todos los días con salvaje flora y fauna, pero el tópico que nos compete y fue mi mayor desgracia y objeto de desdén: aquellas sinuosas, delgadas, burlescas víboras.

Bajo mi percepción estas serían las formas de vida más perfectas, y a la vez la más grotescas por esto mismo; sus formas curiosas que lograban andar sin necesidad de mundanas extremidades; ellas llevan esos ojos verticales y afilados como navajas, sus escamas acomodadas como un fino patrón de ladrillos que forman una perfecta y rígida pared. Las víboras, entre todos los demás reptiles, son las que hasta yo confieso que son arquitectura divina, una misteriosa entidad que logra poco más que despertar la atención y la admiración por lo hipnótica y sugerente de su naturalidad; sugerente también en su existencia infra terrenal, sobre todas las cosas habidas y por haber en la creación. Empero, las víboras, para mí, arrastran lo que la llamo como la maldición de la belleza extraña de la naturaleza, que oculta el horror poético de la realidad, en este sentido, quiero decir que como muchas maravillas de la Tierra, las víboras llevan el peligro latente de su velocidad, coraje y poco temperamento; en si, ellas no son lo que aborrezco, lo que más aborrezco son sus colmillos, portadoras del veneno y la muerte, la calamidad en el cuerpo humano; la hoz partida de la parca, ellas la llevan a todas partes, y la usan a propia voluntad.

Esto lo fui desarrollando con los años, a medida que me metía más en el encargo de recolector de veneno. Gracias a mi preparación y conocimiento académico, tenía respaldo que me ayudaba a mantenerme a mí y a mis compañeros ilesos de cualquier percance, pero la precaución y miedo llegó a mí para convertirse en verdadero pavor cada que incrustaba los colmillos de víboras en los frascos, y veía su veneno escurrir, la agitación de la serpiente, sus armas de ejecución desplegadas, pero elegantes y refinadas a su manera. La santa blancura era lo que más exaltaba a mi visión, y lo que más me dejaba desconsolado de rechazo e incomodidad; impulsos nerviosos desorbitantes pasaban con solo mirar los colmillos, como si su veneno pasara a través de mi alma, una ráfaga electrificada que me paraliza, y entume mis músculos y me carcome hasta pudrir la lengua y el corazón. ¡Como odiaba esa visión diaria! Y por más que me canalizara y controlara mis miedos profundos, la aversión solo se acentuó con cada vista muy de cerca de los colmillos de distintas especies de víboras.

Sobre todo, que temor sentir las afiladas cuchillas divinas, ¡atravesar centímetro a centímetro de tu piel! ¡Era la cosa transgresora que más me daba cólera y temor a partes iguales! Este profundo cuasi miedo no afectaba en absoluto mi rendimiento en mi trabajo, mucho menos mi actitud era afectada, si alguno pudiera verme en plena acción, para cuando tenga el cuello de una víbora en mi mano, no notaría en nada algún atisbo de querer lanzar lejos al animal, lejos de sus colmillos, lejos del extracto fulminante.

Ahí me veía con esfuerzos de superar mi reacción visceral, pero podía decir que algún malestar influenciaba mis sentidos, un dolor de cabeza agudo que a veces era imperceptible, luego llegaba la bruma, y el canto mudo de los entornos a donde recogía a las víboras y serpientes. Cada que veía a los ojos de las criaturas, notaba como no me miraban a mí, si no que querían atravesarme y mirar al ambiente, a algo que volaba cual aire condensado; como a una lechuza sobrevolando. ¿Entonces era posible que las víboras, como otros animales, pudieran ser capaz de percibir algún espectro invisible? Hasta qué punto sería válido, si consideramos de lo que dije y percibía en cada una ellas: las víboras como obras de arte celestial, mensajeras, las llaves y las puertas, las únicas que veían algo único y celestial en tierra.

Me causaba claustrofobia y más sentimiento de estar increíblemente cerca de las fauces de las bestias, en un cuarto lo suficientemente cerrado, poco ventilado; una advertencia en carne por la grotesca, esencia, natural alma errante, que está en todos lados, y a la vez se concentra en ningún punto. ¿Por qué entonces me sentía tan amenazado si era naturaleza indiferente? No es hasta un punto de los meses recientes, en donde mi reacción de odio y terror se desató en medio del que fue el principio del camino a la condena final de mi vida. Por la temporada de verano del año pasado, me hice camino hacia uno de los frondosos bosques de Oaxaca, muchas de

esas famosas por la constante neblina que las rodea, junto a mi esposa Valeria, quien había compartido conmigo el gusto por la vida natural, pero desde una perspectiva más delicada y pasiva, sin embargo, en ese preciso viaje Valeria se mostró entusiasmada de acompañarme a nuestra excursión. Un integrante más, un maestro de la Universidad de Xotlicuel al que me referiré como profesor Canul, nos acompañaba en el camino con la intención de hacer paseo de estudio y recolección de veneno de diferentes especies nativas en la región.

Los tres nos hospedamos en un hotel, relativamente cerca en distancia del claro por donde haríamos paseo. A través de las ventanas de las habitaciones, veíamos desde lo alto el lienzo lleno de árboles lejanos, también a las colibríes que orbitaban cercano a un prendido florero colgante especialmente dedicado a ellas; esa vista fue motivo de emoción constante por para Valeria; ella abría la ventana para entrar en contacto con el aire, sacar las manos para tocar las ramas y hojas, o tirar semillas para aves a la redonda. Llegué a sentirme cómodo también, todo por el simple paisaje natural, lejos de la ciudad, y el silencio y limpieza a salvo del exterior.

A las doce y punto de esa tarde partimos de nuestro acogedor descanso.

Subimos y nos desplazamos en el auto del profesor Canul, llegado hasta el paso, donde un guardabosques merodeaba la zona y unos niños jugaban con los gatos de casa. Al principio estos últimos nos tomó por sorpresa mientras correteaban de ahí para acá, y algunos envalentonados se acercaban a preguntarnos sobre la materia, y se estremecían al saber a lo que íbamos.

El profesor Canul como buen impartidor del saber y la conciencia ética, se refirió a nuestra travesía como una necesaria para la medicina y la protección. En breves el maestro hablaba con los niños curiosos sobre como ellos tomaban el veneno de las serpientes venenosas para estudiarla y hacer medicamentos para las personas, comentando también que, gracias a esto, el pueblo tiene medidas para combatir con las picaduras de víboras, teniendo cerca de un hospital con antídoto suficiente, cortesía de los esfuerzos de la Universidad de Xotlicuel.

Asentía por mi parte, a la idea de respetar a la fauna en toda forma, incluyendo a las peligrosas criaturas que asechan afuera, pero le recordé al profesor que era tiempo de partir, y pudiera impartir clases para cuando hagamos el trabajo. Antes, un niño llamado Matías se acercó con curiosidad a las herramientas que teníamos, como los ganchos para serpiente.

El niño tenía un escalofrió evidente al mencionarle nuestra incursión en busca del veneno de las víboras, pero se calmó en ver la iniciativa del profesor Canul y de mi esposa de hacerlo amablemente, reconociendo la

ayuda del veneno, y digiriendo el tema de forma más madura de lo que aparentaba el chico. Sin embargo, Matías expreso tanto agradecimiento como preocupación de como tratemos a los animales del bosque. Según el, algo que, en su pueblo y otras corrientes en la ciudad, aun sobrevivientes en el tiempo, hablaban de un espíritu de la naturaleza, que era la forma general de referirse a un ente que representa el tópico de una Madre Tierra; creadora de vida, y suprema regidora del planeta.

Las creencias espirituales de la región, entre más cercas de los entornos naturales y poco tocados por obra artificial, diferían en cuanto detalles grandes o pequeños, pero siempre la matriz de toda ellas llegaba al punto común del dichoso espíritu de la naturaleza, que era el ente universal que unía a distintas materias y creencias. cabo de unos minutos, todos asentimos al unisonó las sugerencias del niño, teniendo presente el respeto cultural de hacia los habitantes. Solo que lo que me fue difícil de espetar en frente de personas, es sobre la intimidación, sobre cualquier otra reacción que me produjo escuchar tales palabras provenientes de infantes, y apoyadas por el resto de los niños como un coro musical y siniestramente coreografiado.

Los tres dimos paso por el bosque, siguiendo pistas por el suelo y alertas de encontrar a alguna buena serpiente para la recolección, en tanto el bosque seguía nuestros pasos con su omnipresencia; los árboles torcidos por el viento, y las hojas secas y ramitas quebradas por nuestro peso, también había un aroma como a fragancia de tronco joven; la neblina era más evidente, cuanto más entrabamos al paisaje, y pese a lo tarde que se ponía en el día.

Me encogía de hombros frente al entorno cauteloso que me acogía entre su oxígeno y sustrato. Era imposible prácticamente tratar de ignorar su abrumadora influencia, y bloqueabas cualquiera de tus sentidos, el resto de los sentidos seguirán afirmando tu posición, y condenándote a escuchar, ver, sentir, oír u oler a la presencia invisible que abarca cada aspecto de la existencia y la creación; las palabras del pequeño Matías me reafirmaban en mis creencias sobre la esa hermosa e inquietante naturaleza de las cosas aparentemente comunes.

El profesor Canul era el más escéptico de los tres. En el pequeño recorrido que hicimos por los alrededores del bosque, les hice entre otras preguntas sin importancia, aquella con la que me respondió sobre su creencia más materialista y lógica sobre el mundo, que me era el más reconfortante, pues tomaba una visión de respeto hacia todas las cosas, intriga y maravilla, y comodidad también respecto a lo que en verdad hay si no hay algo más extraordinario ahí afuera.

Pero por mi parte me inquietaba y maravillada creer en la existencia de algo extraordinario, mis propias experiencias, y mis propios sentidos presumían de la presencia intangible de alguna aguda y rígida pared que

nos bloqueaba de este mundo, e impedía llegar al siguiente, pero no habiendo esto a viceversa. Una verdad hermosa y apoteósica. Quizás mi momento de inquietud en esta parte fue cuando el profesor Canul menciona que, así mismo como creía en la ley física de la acción y reacción, creía en la existencia del karma como un factor poco tomado en cuenta en la construcción de cada materia, el sí creía, que, aunque no fuera por algún espíritu o dios, las personas eventualmente reciben algo proporcional a sus acciones, pero no creía que dependa de lo bueno y malo, solo proporcional a lo que alguien hizo. Mi esposa por su parte me seguía y comprendía a la perfección cualquiera de las precauciones en estos asuntos, sobre todo al ser alguien que iba a participar por primera vez en algo de potencial peligroso. Ella admiraba como yo a la naturaleza y a los animales, se mostraba entusiasta de estar de cerca de cualquier entorno natural, pero su simpatía a las criaturas del bosque era sin duda mayor, más pura e inocente que lo que yo alguna vez hubiera podido desear para mí mismo. Incluso me permitía bajar la guardia en el trabajo, y dejarme guiar por el desbordante y pasional paseo de Valeria por el bosque a la neblina baja. El contraste entre nosotros era casi ridículo, ella veía hasta lo más hermoso y bueno de su entorno, de cada árbol, hasta de cada insecto y telaraña, pero si yo usara su misma dedicación y pasión para ver a través de todo eso, encontraría sentimientos angustiosos y pavorosos que me dejan a la deriva, casi humillado, por temores primitivos y paranoias en fobias que ni sabía que un ser humano pudiera sufrir; aunque sabía bien que eran miedos pasajeros, no difíciles de lidiar, y mi preparación mental y física me daban la confianza de no dejarme llevar por cualquiera de mis inquietudes racionales e espirituales.

## **II.**

Tras el transcurso de una hora, finalmente dimos con el blanco cuando capturamos a una víbora que serpenteaba por el suelo, hábil para achatarse en estrechas aberturas de troncos caídos. Posiblemente tuviera costumbres nocturnas, pues era persistente en esconderse. La conseguí atrapar con el gancho, por el cuello y manteniéndola siempre a distancia de mí, Valeria por su parte sostenía la bolsa transpirable con la firmeza de experiencia en años, lista para recibir a nuestra donante, y después, Valeria cerró la bolsa.

Hicimos el procedimiento por algunas veces más, hasta recolectar seis víboras, que parecían de hecho jóvenes. Hicimos el camino a un asentamiento provisional en el mismo claro por donde entramos y jugaban los niños. Pusimos una mesa, con equipamiento y tomé una de las serpientes almacenadas en un lugar seguro, la primera que agarré sería fácilmente confundible con un denso arbusto, era de un verde claro, con su zona inferior en escamas blancos, y ojos ambarinos centellaban contra la luz, y oh cada que lo recuerdo, las fauces de ese, bello ángel de la muerte, sacó sus colmillos aún más resplandecientes al estar

evidentemente amenazado en su espacio.

Tomé su pequeña cabeza y la presioné contra el recipiente, luego sus siseos se disiparon, y e hice precipitar el veneno como cascada al recipiente de plástico.

Valeria miraba con asombro, atenta a cada paso que realizaba con meticulosidad; el profesor Canul tomaba notas y estaba atento a cada punto.

Estaba especialmente cuidadoso con el procedimiento, manteniéndome firme y capacitado a todas las presencias que me observaban con la admiración que quien mira a un profesional en su elemento; pero me enfriaba y centraba mi vista ya sea en la frente o en el cuerpo de la víbora, sus ojos viendo hacia enfrente, en un árbol vigilante; pero nunca me atreví en centrarme en sus colmillos. El resto se lo deje al profesor Canul. Mientras menos tiempo viera, más segura se sentía mi consciencia, y menos posibilidades de salir humillado resultarían.

Para el final de la jornada, dejamos a las víboras cerca de donde las encontramos por primera vez, para permitir que estas se escondieran en algún gradable escondite, pero ya la intimidante neblina las tapaba, haciendo que ya no nos viéramos en necesidad de andar más al fondo. Una a una, se fueron reptando a una sola dirección. En aquel momento, una que quedaba era una hembra de nauyaca nariz de cerdo, que estaba sobre todo nerviosa por todo el trayecto a la que se enfrentó, y estaba desesperada de al fin irse. Su comportamiento ya se me advertía desde que la atrapamos con el gancho, también cuando extraje su veneno, su cuerpo se contorneaba de forma poco común; se movía erráticamente, casi como látigo cortante, que corta el ambiente húmedo del bosque y la presencia omnisciente del entorno.

Cuando la regresé a su habitad, esta no mostró menos brusquedad, se mantenía aún alerta, se mantenía enroscada en sí misma, su cabeza estaba alta, y amenazaba con picar. Vi sus dos colmillos listos, exclamando explícitamente que me alejara de ella, causando en breves instantes de tensión la más húmeda agitación que se podía sentir en un mal y desolado lugar y momento. Contuve mi claro miedo enfrente de Valeria en cuanto la vi acercarse.

Me distraje aparentando normalidad, minimizando la existencia del brillo blanco proveniente de la víbora —quien ya se movía por el suelo y se escondía tras la neblina—, pero me calmé al ya no notar ese brillo delator, que sería la característica a la que yo le prestaría a la mayor de mis alertas, y al no detectarla, respiré tranquilo.

Mi embellecida esposa vino como ángel para adulzar el momento confuso de tensión, los ojos de ella mirando directamente a mi ser era el contacto

más conmovedor de todos, y su andar inocente me sacó por momentos de la atmósfera de indiferencia del bosque y de sus alimañas. Jaloneo mi manga para regresar atrás, curiosa por entrar en las instalaciones de la universidad de Xotlicuel y ver más de mi trabajo rutinario.

En determinado suceso, pero en esa misma posición donde dejé a la víbora, Valeria se separó de mi momentáneamente, sin recordar yo el contexto necesario para explicar tal acción; ella se mantuvo lo suficientemente alejada, y cuando sus pasos sonaron cerca de un árbol joven y prendido, ella lanzó un grito lastimero que chocó con cada cosa del paisaje, y retumbaron en mis oídos como el sonido más sórdido que escuché. Más escalofriante fue ver a mi esposa tumbada y confundida, agarrándose el tobillo. Me le acerqué y vi de cerca a la nauyaca gruñéndome a la cara, con los colmillos bien salidos, y su cuerpo, de por sí camuflado en la tierra, hojas y ramas secas, era fantasmal en la neblina y parecía ganar mayor agilidad e intangibilidad. Pese a como la describí, seguía siendo una víbora de carne y hueso, a la que fue capaz de darle una patada para lanzarla lejos, y también hacerla gruñir de dolor y ardor por donde fue una herida abierta.

Más que la furia yo sentía el miedo más salvaje al ver la herida profunda de mi esposa, marcada por las hoces de la víbora cansada de tanto soportar y reprimir sus emociones, habían causado en ella una explosión violenta en donde Valeria fue su indefensa víctima. Me horrorice al ver la herida abierta por las cuchillas, y casi me paralizaba y me dolía a mí también, grité el nombre del profesor para que asistiera a yudarme, porque me sentía tan cobarde y debilitado de terror que mis fuerzas no eran capaces de cargar a Valeria, no incluso en la emergencia y los gritos exasperados. Me sentí culpable y aún más culposo cuando el profesor Canul asistió a nuestro rescate, llevamos a Valeria al carro y arrancamos hacia el hospital más cercano, con el optimismo de Canul de que, por obra de Dios tendríamos un antídoto antes de que Valeria se pusiera muy mal.

No pensé en nada más durante el resto del día, ni hice nada más que no querer pensar nada, al menos la blancura de la mente me mantendría alejado de la culpa y del terror.

En la mañana del día siguiente, Valeria seguía en el hospital del pueblo siendo tratada, sin ninguna actualización, pero consciente de no presionar y dejar recuperar a Valeria. Llegué al mismo claro, el exacto mismo bosque por donde hicimos la recolecta de veneno. Los niños de antes seguían reuniéndose y jugando, aunque de manera un tanto cautelosa, una vez que se acercaron a mí con curiosidad. Matías apareció entre ellos, jugando con un pequeño gatito entre sus manos, me preguntó sobre mi mujer.

“Está siendo tratada, gracias a Dios”. – Le respondí a la pregunta, pero su comentario de respuesta me volvió los pensamientos por completo, pese a



que no lo entendí en principio, pues el pequeño Matías pareció hablar en una lengua indígena, y después terminé la frase inteligible con algo así como: "Espíritu de la naturaleza querida".

No saqué nada de importancia en ese encuentro, así que seguí por mi rumbo sin brújula, adentrándome nuevamente en el bosque. De pronto, me sentí alerta, como si un instinto de supervivencia se estuviera activando; la opresión de la naturaleza, la neblina, el cielo y los árboles, los pájaros y los insectos voladores, todo me reunía a un punto, guardado en un estrecho cuarto del que pasaba poco oxígeno; no me dejaba pensar con claridad, y no me permitía sentirme totalmente cómodo con mis acciones, sentía dolor en el cerebro, y el malestar se combinaba con el horror de estar en medio del bosque.

De pronto, miré en el suelo a la misma nauyaca que había osado de morder a mi esposa. La identifiqué por ser igual en todo aspecto, su patrón, sus ojos poco inocentes, y la herida por la mitad del cuerpo que le había dejado por mi patada el día anterior, incluso sangraba con frescura y algunas escamas las tenía torcidas.

La nauyaca rondaba bajo su propia brújula, manteniéndose alejada de las amenazas que prevenía con sus finos sentidos. Me le acerqué con temblor, cuando estuve cerca, y ella se puso en guardia para amenazarme con su semblante y tamaño, yo no sentí ningún grado de cohibición, la ira y el deseo de venganza se hizo presente cuando la veía más libre y segura de sí misma pese a todo. Me le acerque con velocidad para tomarla del cuello con las manos, con intención de estrangularla; su cola se movía agitada y siseaba hacia mí, casi escupiendo y enseñando sus armas, mi mayor asco y desdén hacia algo natural, lo que reforzó mi agarre hacia ella, pese a que sentía el asco y la sincera emoción de repulsión; mi voluntad se vio desafiada, pero logré vencer por momentos a la despreciable víbora; me resistí a sus avances hasta tenerla sometida con una mano.

Con otra mano libre, busqué entre las bolsas de mi pantalón, encontrando una navaja multiusos de emergencias. Una pequeña pinza componía la gama de diminutas herramientas de bolsillo, delgadas pero que en manos hábiles eran tan funcionales como unas pinzas en derecho propio. Después, las utilicé para mi primer acto de deleznable naturaleza, crueldad producto de una alineación de eventos y emociones frágiles y volátiles; usé las pinzas para tomar un colmillo de nauyaca, y la estirpe de su boca con fuerza, lo mismo para el segundo colmillo, la retiré de forma poco ortodoxa, tanto sangre como veneno quedaron escurriéndose entre los labios de la víbora y mi herramienta.

Tiré a la nauyaca lejos de mí, todavía viva y retorciéndose, pero capaz de andar, podría decir que incluso convulsionaba y se quedó mirando directamente a mí, a mis ojos, no a la naturaleza, no a un "espíritu de la naturaleza" no a la presencia o influencia; sus ojos juzgadores se

quedaron mirando hacia mí y mi despreciable acto consciente. Pero la crueldad y la agonía eran parte intrínseca de la naturaleza, así como lo es mi comportamiento y visiones. Me llevé a la mano los dos colmillos de víbora, me tensaba con sentir el pequeño roce de estas con la piel, lo que solo aumento la adrenalina, que impulsó a mi mano a no soltar los colmillos; seguido me escapé de regreso a mi auto para encerrarme, sumido en silencio y paz. Me llegó cierto sentimiento parecido al remordimiento, pero que no era como tal, más el asco que sentía por mi propio actuar me atormentaba, y sentía paranoico como múltiples ojos me miraban; también recordé el breve encuentro visual con la nauyaca, el contacto más cercano en cuestión espiritual me contagiaba su esencia infra terrena, como si ella estuviera reconociendo mi rostro, y supiera del tipo de salvajismo a la que yo fui presa en momento de mayor perversidad.

Arranqué de inmediato el carro, para alejarme lo más posible de las influencias del bosque, que, aun así, se extendía más allá de sus límites inexistentes, como fuerza omnipresente, esta seguía esparciéndose durante mi escape. Cuando miré a los colmillos sucios que dejé a mi costado, una propiedad del bosque de detrás, una reconfortante tranquilidad reemplazo al desprecio que le tenía a los colmillos, pese al atisbo de miedo, me sentía seguro una vez que quedaron inservibles y bajo mi poder.

### **III.**

En realidad, había poco tiempo desde evento y evento. Una vez que mi esposa fue dada de alta del hospital, servil y atento le tomé del brazo hasta el auto, para ir a casa y solo a casa. Ella seguía siendo la dulce y apasionada mujer después del peligroso incidente, más aún siguió mareada y con nauseas, efectos secundarios del veneno de la nauyaca, que se supuso tuvo que haber sido contrarrestado con el tratamiento que se le fue dado. estado de ánimo se mantuvo neutro por un par de días, me encargaba de cuidarla porque era constante que perdiese el equilibrio por el dolor pulsante de su tobillo, y por los mareos y sangrado nasal que sufría repentinamente. Seguía trabajando por mi parte, también rencontrándome con cada víbora en mi travesía, sus colmillos eran dolorosos recuerdos de aquel momento donde casi pierdo a Valeria, y de mi atroz acto, aunque justo, debido al crimen que le hicieron a alguien como Valeria.

No buscaba atormentante con esos pensamientos, mantuve los colmillos de la atacante de mi mujer en un cajón apartado en el hotel donde todavía vivíamos por aquellos meses, pero nunca los saqué o les eché un vistazo desde el cajón. Mis motivos de reacción visceral ganaron mayor peso, causando que me viera forzado a ceder a la ayuda del profesor Canul y otros ayudantes para atrapar a las víboras; mis pensamientos y miedos eran visibles a través del resbaladizo sudor, y los temblores de

rabia que amenazaban nuevamente con expulsarse, llegando a las pobres víboras que en cualquier momento fueran quienes estaban en vulnerable posición. Se me hizo saber de mi condición, pero dichos que hablaban de arrebatos de pánico solo me motivaban a demostrar y mejorar mi comportamiento, por lo que terco seguí con ese trabajo de recolección de veneno.

Un día, estaba nuevamente sólo por el bosque neblinoso, a punto de regresar a una serpiente de bellos patrones amarillos rodeando el contorno de su cuerpo, y finos ojos de ébano que resplandecían con una naturalidad poco natural. La planeaba dejar con cuidado por la tierra, cerca de un árbol, esperando a que trepara con gracia y felicidad. Pero mi constante presencia y brusquedad inconsciente la agitaban de sobremanera, usando sus afiladas cuchillas para que dé una vez deje de tocarla yo, con mis impulsivas manos. Un incontrolable sentimiento de traición cayó como la más afilada hacha, pero no tan horrible como el filo de esos colmillos venenosos; una vez más, tomé mis pinzas y arranqué, con más precisión y rapidez, los colmillos de la víbora; la dejé cerca del árbol, y ahí un impulso protector me hizo velar por ella por algunos minutos, esperando a que suba al árbol y no se lastimara, pero finalmente ella tomó otro camino y la perdí entre las hojas y la neblina. Me dio un escalofrío del largo de un río para caer en cuenta de lo que tenía en mis manos, simples formaciones de minerales, huecas, sin alma ni presencia divina. Eran simples armas de la muerte, ahora inútiles, y una sensación de media paz como el agua caliente en invierno.

Alguna voz de perversidad pudo haber sido la responsable de mi comportamiento tan crudo, y tan terrible, ¿pero qué significaba aquellos colmillos para mí? En las siguientes semanas, aprovechaba para estar a solas, y cuando había una gran y hermosa víbora, pero colérica, me encargaba de eliminar las impurezas de sus mandíbulas y devolverlas al bosque cálido; después de arrebatar sus colmillos, yo los guardaba despreocupadamente en mis bolsillos, con fluidos y todo, y me dirigía a las serpientes para acompañarlas en su dolor y recuperación; del mismo modo que procuraba a Valeria en su recuperación, que comenzaba a verse muy tardado y revertido por muchas dolencias que la pobre pasaba día y noche. Ella seguía abriendo a ventana, aunque le daba vértigo sacar la mano para acariciar la brisa fresca, misma que irritaba la piel de mi amada. Se resfriaba seguido y cojeaba.

¡Me entristecí y enojé mucho, era injusto algo como eso! Pero no podía demostrarle todo eso a ella o alguien, solo lo contenía y me mataba la mente, me destruía mi campo de visión y las horas se volvían más lentas en busca de que algo cambiase para mejor. Y por mientras, iba al bosque profundo, a distraerme, a encontrar la belleza con la que ella se estaba aferrando a su integridad humana, pero solo me encontraba con la fealdad y el olor de calvario por cada vez que me despejaba, los múltiples ojos y el espíritu de la naturaleza asechaban, con oídos sordos hacia mis

lamentos y la necesidad de que mi esposa se recuperase pronto.

También estaban los colmillos, que reptaban y tenía la imagen viva del peligro y la muerte, asechando y matando a trozos a mi amada Valeria. Oh, pensaba para mí mismo, oh naturaleza, ¿desde cuándo se va en contra de los hombres como yo? ¿Y desde cuando utiliza a alguien como Valeria para remarcar un punto? Seguía con mi rutina de recolección, al final tomé un total de dieciséis víboras, de diferentes edades, tamaños y especies, esos detalles no me importaban, y no cambiaban algo en mis objetivos; los sucios colmillos del mismo tipo que envenenaron a Valeria estaban bajo mi poder, con un poder para doblegar a las mismas mensajeras de los cielos; mismo sentimiento que desembocó en un intranquilo pensamiento sobre robarle a las obras de Dios. Un temor tardío se incrementaba a medida que entraba más al bosque, y cuando iba a dormir, los sueños lúgubres me atormentaron y me deprimía la imagen constante de mi esposa moribunda sin razón.

Cuando alcancé el total de treinta y dos colmillos recolectados, los guardé en el cajón de siempre, donde solo lo abro cada que tomaba un par nuevo, descendí de mi piso hasta el claro donde Valeria se recostaba en su silla. La veía en paz, pese al perturbador aire que la rodeaba y la quietud de sus facciones, como si estuviera muerta, ya considerablemente pálida y sus ojos, antes de un marrón encantador y sincero, se oscurecían y sus pupilas se contraían constantemente, y cada que intentaba verla a ellos sentía como si esos ojos fueran alguna entidad separada de Valeria. Me perturba la violación a mi privacidad cada que me veían como si leyeran mis pensamientos más severos y horrorosos. Me volvía hacia ella para acariciar su mano, pero lejos de la hermosa piel suave, se encontraba una áspera y desnutrida.

Le insistí en levantarse para comer con algo que yo mismo estuve preparando, pero al sostenerla mientras ella se paraba, ella tambaleaba con facilidad; sus huesos no estaban siendo lo suficientemente rígidos, como si sus piernas y espalda fueran de plástico de manguera; adquiriendo una leve postura sinuosa.

Aunque lloraba en silencio, sin voz para expresarse, Valeria seguía sonriendo para mí y aferrándose a mi brazo con cariño; lo menos que ella quería es que estuviera preocupado, y lo menos que quería para ella es que sufriera sola. La cargué hasta nuestra habitación, donde tenía preparando por mí mismo un plato de frutas y verduras; tenía en la mesita de noche los instrumentos de cocina que cargué a mi maleta; ella se sentó en la cama con una ligera curvatura, como queriendo vomitar, ero no pudiendo debido a su propia deshidratación y cansancio. Le dediqué varias sonrisas, canté, y le mostré como preparaba su bocadillo nutritivo.

Cuando hube terminado, ella tomó fuerzas para levantarse, y dio pasos torpes con mucho esfuerzo para llegar a mí, que estaba a una poca distancia de ella en realidad, pero su avanzar a mí fue como el recorrido a través de un pasillo nublado, donde apenas la notaba, pero estando tan cerca, me impresioné de su preocupante aspecto, como si a lo que en verdad tuve acercamiento fuera a su espíritu, que también transmutó, cambió, y moría en profunda agonía. Estaba impactado por la cercanía repentina, aunque trataba de mostrarle mi aprecio y confianza sincera, a través de preparar una simple comida nutritiva; ella vio ese gesto terminado y se clavó a mis ojos, sus cachetes formaron una sonrisa tímida y arrugada, que me perturbaba más por la intensidad de su mirar, y la familiaridad repugnante que me producía de repente, sin razón alguna. Ella sonrió con sinceridad, para mostrar que podía recuperarse; mostro sus dientes en su espléndida sonrisa, reemplazados en ese momento por colmillos de víbora, estaban acomodados de forma torpe y chueca, pero vi que se extiendan y acaparaban cada cuenco humano; derramados entre la sangre serpiente y el veneno, casi lloraba y gritaba, me hundí hacia atrás, entre la pared y los abominables colmillos.

Sin pensar, con nada de esperanza y con todo el asco, agarré el cuchillo que estaba en la mesa, donde cortaba las frutas, la levanto con un brazo y la estrellé contra el rostro de Valeria. Le corté la mitad de su cara, para borrar la sonrisa y ella, ya débil y silenciosa, cayó hacia atrás, sin oportunidad de reaccionar, sin procesar nada.

Ese fue mi único y real crimen humano, pero fui obligado, pues esos colmillos me torturaron y me obligaron al pecado máximo, con tal de salvar a mi esposa.

En ese momento, me recuperaba y vi el rostro desfigurado de ella, con el resto de su cuerpo irreconocible. A medida que daba vueltas en círculos, lo que más me acosaba la mente eran los treinta y dos colmillos que había recolectado en esas últimas semanas, todavía seguía viéndolas, mi tortura no terminaba. Las veía volando a mi alrededor como mosquitos, muy cerca de mi rostro, persiguiéndome en el espacio tan cuadrado, tan cerrado, de la que solo había una ventana para ver el exterior, pero el exterior era igualmente claustrofóbico; se cerraba todo hacia mí, al mismo tiempo todo se extendía hacia ningún lugar, me sentiría perdido si buscara escapar al exterior, pero el interior calcina y despelleja toda mi carne; vi a través de la ventana del hotel, donde todo estaba solo, hasta que surgieron de la neblinas y pavoroso paisaje como espectros castigadores a las dieciséis víboras a las que había arrebatado sus colmillos, estando en una formación coordinada, rodeando el lugar donde me encontraba.

Me dirigí al cajón, abriéndola después de días, viendo a cada colmillo, los tome de a uno y las guarde en una bolsa. Las manos me ardían con el fuego infernal, mi vista se nublaba y cualquier pensamiento se iban dirigidos a los objetos que tenía en mi poder, pero que ya se levantaron

como acosadores, y me envenenaban el alma. os maldije, maldije a todo y a todos. Rogué por clemencia divina, me ocultaba, me tapaba los ojos y deseaba desaparecer. Cuando los abrí, y me dirigí al cuerpo inerte de Valeria, sobre ella escalaban las víboras, encabezadas por la nauyaca, cuya boca escupía ácido veneno y viscosa sangre maloliente. Tiré la bolsa, desparramando los colmillos que tronaron contra el suelo como cristales, con la esperanza de devolverles a los fantasmas lo que les quité; pero no se iban, y gruñían, en especial la nauyaca, que se erguía y me miraba a los ojos, las víboras me rodearon hasta volverme un pobre gritón perdido de sí; tomé el teléfono que tenía cerca y pedí auxilio a la policía, gritaba con desesperación que el hotel estaba plagado de serpientes venenosas, que estaban siendo agresivas. Exclamé a que se apresuren.

Después de lo que me pareció horas, la policía llegó. Tenía los ojos cerrados, pero los abrí cuando escuché el golpe en la puerta, pero entonces me agarraron entre los dos oficiales que acudieron ahí, me arrastraron hasta las afueras de la habitación como un perro enfermo; les gritaba que se encargasen de las víboras que invadieron mi habitación, traté de señalar con una mano antes de que me esposaron, escupí hacia donde estaba Valeria para hacerles ver las víboras, pero todos hicieron caso omiso.

Les gritaba: "¡Ahí están, ahí están! ¡Y ahí están los colmillos de cada una de ellas! Mírenlas por favor, esas fueron las aberraciones que me destrozaron a mí y a mi esposa, ¡Y las que me forzaron a matarla para salvarla!".

¡Cómo ellos no podían aborrecer a esos colmillos como yo, si son la prueba de los espíritus vengativos que estaban ahí!